

tro sentido avizor, nos viene el placer de una sensación virgen, cuajada mientras leíamos.

Schiller escribía a Goethe, diciéndole que en su obra hallaba el fuerte apoyo del concepto, la luz; que él tan sólo se contentaba con crear formas. Y tan definitivas eran, que transmutaban las ideas adquiridas hasta el punto de valorizarlas doblemente. En general, la literatura femenina chilena no hace otra cosa. Con un poco de la fuerza y la franqueza de Schiller, algo alcanzarían en su planicie. Nos interesa la escritora que recién impulsa una obra integral, largamente detenida en una laboriosa y prolífica soledad.—*Carlos Vattier B.*

POESIA

LAS SEÑALES FURTIVAS, por *Enrique González Martínez* (1).

Ha alcanzado una segunda edición el pequeño libro del poeta mejicano, que ya tiene en su patria y en todos los países de habla española, la merecida consagración de ser uno de los más positivos valores líricos del idioma.

Las características principales de la poesía de González Martínez son conocidas. Es un poeta silencioso, cuyos versos recogidos, íntimos, llenos de sugerencias de un misticismo desconsolado y triste, han sido celebrados por dos generaciones. Las breves sentencias de una sabiduría humilde de que sus poemas nos dan tantas muestras, y la inquietud extraña por el significado personalísi-

(1) Calleja 1927.

mo de las más pequeñas emociones han hecho de este poeta, un lírico de selección que no alcanza una popularidad extensa, pero que ostenta un nombre prestigioso entre los círculos de aficionados a las bellas letras.

En el libro que nos ocupa, hay un rasgo del espíritu del poeta que creemos aparece por vez primera en su producción. En «Silenter», «La hora inútil» y tantas otras bellas cosechas de este sembrador infatigable, percibimos las cualidades que rápidamente ya hemos señalado. En este último libro, hay en no pocos de sus poemas una dosis apreciable de un humorismo muy personal, humorismo desconsolado y triste, como sus entusiasmos, como sus convicciones, como su obra.

En este espíritu para quien la pena hubo de disfrazar el grito de su desconsuelo en un llanto ahogado—«llorar, si hay que llorar, como la fuente, escondida»—y en el que la delicadeza aguda de su alma privilegiada puso un temblor de ansiedad en las angustias cotidianas de la vida, la burla, una pequeña burla a ras de suelo, realista y simple, le ha hecho dibujar en su espíritu una sonrisa humorística.

Veamos una muestra:

Trópico—papagayos—oferta en por-
[tugués—
cielo color añil—
comentario burgués
sobre la gran riqueza del Brasil...
Anteojos clavados en los indiferen-
[tes caseríos...
Allegro, ma non troppo—
engañosos desvíos
de mujer que se burla de un piropo...

Dama alemana con dos críos
y un tercer anuncio de maternidad...
Orgullo de dos señas que almacenan
dos ríos
capaces de nutrir a toda la ciudad...

En el viaje, un pequeño cuadro
vulgar ha servido al poeta para es-
bozar una ligerísima burla desvaneci-
da.

Y junto con esta nota humorística,
el acierto pleno de las combina-
ciones verbales, de las dificultades
métricas buscadas para ser vencidas,
de las imágenes pletóricas de
sentido oculto y de novedad moder-
nísima.

El mar.

¿Qué me dejas al fin después de
veinte días
de bañarme en tus ondas, oh *gran*
lágrima azul?

Un testigo familiar de una trage-
dia íntima.

Este perro que a cada
tragedia de mi vida está presente,
me lame el corazón con la mirada...

El dolor fué imprevisto...
La lágrima corrió furtivamente...
pero mi perro... HA VISTO.

Poeta intenso, con absoluto do-
minio de la forma y animado por
un espíritu de soñador delicado y
profundo, cada obra de González
Martínez, marca un nuevo escalón
en la ascensión que tan justamente
desde sus primeras producciones, lo
ha llevado a la fama, a la nombra-
día, a la honrada valoración de to-
dos sus contemporáneos y de las ge-
neraciones posteriores.—*Abel Val-
dés A.*